

María, alumna de la paz*

*Martín Gelabert Ballester***

Recibido: 3 de diciembre de 2015 • Aprobado: 3 de febrero de 2016

Resumen

El pueblo cristiano siempre ha visto concentradas en María las mejores virtudes humanas. No es extraño que también la paz haya sido relacionada con ella. La liturgia eucarística la califica de alumna de la paz. Tras una serie de consideraciones antropológicas que pueden aplicársele como símbolo de paz, el artículo (con las referencias adecuadas a María) analiza las implicaciones cristológicas que rompen con cualquier asomo de violencia que pueda apelar al evangelio. También se analiza un texto poco conocido de santo Tomás de Aquino en relación a la paz. Para terminar apelando al perdón como uno de los mejores caminos que conducen a la paz y permiten vivir en libertad.

Palabras clave: María, paz, perdón, derramamiento de sangre, constructores de la paz.

* El artículo es producto de la investigación del autor, especialista en Mariología y conferencista internacional en la misma área.

** Doctor en Teología. Docente Facultad de Teología de San Vicente Ferrer de Valencia, España. Correo electrónico: mgelabert.ar@dominicos.org

Mary, student of peace

Abstract

The Christian people have always seen concentrated in Mary the best human virtues. It is no wonder that peace has also been related to her. Eucharistic liturgy classifies her as student of peace. After a series of anthropological considerations that may apply to her as a symbol of peace, the article (with appropriate references to Mary) analyzes the Christological implications that break any hint of violence that can appeal to the gospel. Also a little-known text by St. Thomas Aquinas concerning peace is analyzed. To finish by appealing to forgiveness as one of the best roads that lead to peace and allow to live in liberty.

Keywords: Mary, peace, forgiveness, bloodshed, peacemakers

Marie, élève de la paix

Résumé

Le peuple chrétien a toujours considéré que les meilleures vertus humaines sont concentrées chez Marie. Il n'est pas rare alors que la paix ait également été associée à elle. La liturgie eucharistique la qualifie d'élève de la paix. Après une série de considérations anthropologiques qui peuvent lui être appliquées comme symbole de paix, l'article (avec les références appropriées à Marie) analyse les implications christologiques qui rompent n'importe quel soupçon de violence qui puisse avoir recours à l'évangile. On analyse également un texte peu connu de Saint Thomas d'Aquin en relation avec la paix, pour finir en ayant recours au pardon comme l'un des meilleurs chemins qui conduisent à la paix et permettent de vivre en liberté.

Mots-clés: Marie, paix, pardon, effusion de sang, constructeurs de la paix.

Hay que arar la paz en espacios ajados de gemidos con surcos profundos
(Concepción Merí Cucart)

La pregunta inicial se este texto podría ser si sería bueno titularlo “María, reina de la paz”, que es uno de los títulos que la Iglesia da a María y que Benedicto XV, en 1917, en plena guerra europea, mandó añadir a las Letanías lauretanas. Pero al leer la liturgia de la Misa de María “reina de la paz” llama la atención que en el prefacio, en vez de calificar a María como reina de la paz, se la denomina “alumna de la paz”. Los dos títulos no son incompatibles, pero lógicamente el calificativo de “alumna” parece un presupuesto necesario para un posible título de “reina”. Porque a ser reina también se aprende. Por otra parte, aunque el día de nuestro bautismo todos los cristianos fuimos constituidos reyes, no es menos cierto que estamos llamados a ser alumnos y discípulos de Cristo. Por tanto, si bien podemos admirar a María e invocarla como reina y protectora, nos interesa más aún imitarla como discípula y alumna, y nos reconforta sentirnos acompañados en nuestro aprendizaje por tan ilustre compañera.

Más aún, un asunto tan serio como el de la paz, más que reyes o reinas, lo que necesita son buenos servidores, constructores y trabajadores. A esos Jesús los llamó bienaventurados, o sea, dijo que en este trabajo encontraban la felicidad: “dichosos los que trabajan por la paz” (Mt 5, 9). En este asunto de la paz todos los cristianos y las personas de buena voluntad debemos ser alumnos permanentes, porque siempre aprendemos y mejoramos. Se trata de un camino que debemos construir a lo largo de nuestra vida con nuestras palabras, gestos y actitudes, y que nunca podemos considerar terminado. “La paz, dice el Concilio Vaticano II, jamás es una cosa del todo hecha, sino un perpetuo quehacer” (GS, 78). Por eso, siempre somos alumnos de la paz, aunque los cristianos pensamos que en esta escuela estamos bajo la mirada permanente, que no es vigilancia, sino estímulo, de Aquel que inicia su vida y la termina, al subir al cielo, y al abrir puertas a la paz. Tras este breve preámbulo se ofrecen algunas reflexiones inspiradas en el lema de “María, alumna de la paz”.

1. La Paz, Nombre Femenino Realizado a María

El pueblo cristiano ha visto concentradas en María las mejores virtudes humanas, las más positivas, las más alentadoras. Por eso, esta reflexión comienza al buscar los presupuestos antropológicos que permiten ver en María un símbolo de paz. Este presupuesto es la mujer misma.

1.1. Paz y justicia

La mujer ha sido utilizada como símbolo de muchas actitudes y valores por los distintos pueblos y culturas (la libertad, la poesía... es mujer). Para nuestra reflexión interesa el símbolo de la paz. Este simbolismo de la paz queda más resaltado si lo comparamos con otro simbolismo que también es representado por la mujer: el de la justicia. La mujer que representa a la justicia tiene en la mano una balanza y una espada, pero lo más llamativo es que tiene los ojos vendados. Pero si no ve nada y está condenada a la ceguera, ¡ay de aquellos que tengan que ser juzgados por ella! Por el contrario, la mujer que representa la paz (la diosa *eirene*) tiene los ojos bien abiertos y lleva en la mano el cuerno de la abundancia.

La intuición del pueblo cristiano es que en María todo es positivo. Por eso el pueblo cristiano la ha adjetivado no solo con nombres de lugares (en cada ciudad, región o país piensan que María es suya), sino con nombres de valores buenos y deseables: Virgen Fiel, Trono de la Sabiduría, Virgen Prudente, cuyos ojos son misericordiosos. Curiosamente el pueblo cristiano no ha encontrado una Virgen de la justicia¹. Al contrario, muchas veces se ha pensado (sin duda, desde una teología insuficiente) que María es la que detiene la justicia y la cólera de Dios sobre los pecadores y así evita su castigo. María es “refugio de pecadores”.

Se comprende así que no haya calado en los espíritus católicos la relación entre María y la justicia, y sí haya resultado fecundo relacionar a María con la paz. Hay un mensaje que se repite en las apariciones marianas del pasado siglo XX: María siempre encomienda a los videntes que recen por la paz en el mundo, por el cese de las guerras, y también por la reconciliación de los seres humanos con Dios. Por su parte, Pablo VI relacionó los nombres de María y de la paz, al instituir la Jornada mundial de la paz en la fecha del 1 de enero, festividad de Santa María, Madre de Dios. Esta coincidencia era, para Pablo VI (MC, 5), una “ocasión propicia para renovar la adoración al recién nacido Príncipe de la paz, para escuchar de nuevo el jubiloso anuncio angélico (cf. Lc 2, 14), para implorar de Dios, por mediación de la Reina de la paz, el don supremo de la paz”. Además, el mismo Pablo VI pensaba que, igual que había ocurrido con sus predecesores, los Papas del siglo XX, Dios le había confiado la tarea peculiar de “conservar y consolidar la paz”. Y para ello entendía que el Rosario era la oración adecuada “para obtener la paz” (ChM, 2).

1 Ciento que en las letanías se habla de María como “Espejo de Justicia”, pero aquí justicia tiene el sentido de rectitud y santidad

1.2. Paz y opción por los pobres

La relación de María con la paz no puede quedarse solo a niveles formales. También en este tema es necesario pasar de la admiración a la imitación. A veces, María se ha convertido en objeto de admiración y alabanza. Pero si nos quedamos ahí, corremos el peligro de convertirla en “opio” del pueblo. Por eso hoy muchos reclaman una María liberadora, que sea estímulo para trabajar a favor de los pobres, puesto que la pobreza, la opresión y la injusticia son obstáculos para la paz. En esta línea se intenta revitalizar una figura de la Virgen de Nazaret que, a la luz del *Magnificat*, se presenta como la mujer profética y liberadora que anuncia un Dios que repara las injusticias y tiene preferencia por los pobres. Según Juan Pablo II, el cántico de María renueva la conciencia de la Iglesia “de que no se puede separar la verdad sobre Dios que salva, sobre Dios que es fuente de todo don, de la manifestación preferencial de su amor por los pobres y los humildes”. De ahí, “la necesidad de salvaguardar cuidadosamente la importancia que los pobres y la opción en favor de los pobres tienen en la palabra del Dios vivo.” (RM, 37)

Hoy todos se pronuncian en favor de la paz, pero los pronunciamientos quedan desmentidos por las condiciones de pobreza, explotación e injusticia en la que viven pueblos enteros. Mientras esas inaceptables condiciones, que producen homicidios, violencia, terrorismo, migración y paro, no sean resueltas, la apelación a la paz será una palabra sin contenido real. Debido a todo esto, hoy se vive una suerte de orfandad de valores absolutos y perennes. Tales valores aparecen condensados en la figura de María como la comunión, la acogida, la reflexión, el descubrimiento del rostro maternal de Dios, el compromiso histórico del cristiano, el camino hacia la verdadera sabiduría. Puesto que estos valores no son exclusivamente cristianos, sino que pertenecen al patrimonio común de todas las religiones y de la humanidad en general, María, encarnación viva de los mismos, se convierte en un paradigma antropológico. (De Fiore, 2011: p. 488)

1.3. Ternura y misericordia

Junto al compromiso a favor de los pobres y oprimidos, hay una actitud personal muy humana, que favorece la paz, propia de varones y mujeres, pero que la cultura popular ha relacionado con lo femenino: la ternura (Sesboüé, 2015: pp.

136-137; De Castells, 2011: p. 348)². La ternura es este sentimiento que nos retrotrae a la infancia. Hasta ahora ha quedado relegada a momentos de intimidad afectiva o como medio de relacionarnos con quienes consideramos más débiles, como pueden ser los niños. Hoy, cuando tantas personas tienen necesidad de cariño y de afecto, volvemos a comprender que la ternura debería estar presente en todas nuestras relaciones.

La relación de la ternura con lo débil se ha manifestado, a lo largo de la historia, en el hecho de que sean los hombres quienes hacen la guerra. Las mujeres hacen de enfermeras y se ocupan de los heridos. Los varones tienen la fuerza, ellas son las que representan la misericordia y la ternura. Ellos cargan con las armas, ellas llevan flores en la mano. Hay quién, en el mundo eclesiástico, ha detectado la convivencia del rigor masculino de la organización un poco árida con la intuición popular de que el cristianismo está impregnado por una dimensión de ternura femenina (De Fiore, 2011: p. 480)³. El pueblo cristiano ha visto estos sentimientos en María, tal como refleja el final de la antífona *Salve Regina* donde se la llama “clementísima y dulce Virgen María”.

Se ha dicho que las mujeres son lo débil de lo humano. En este mundo competitivo triunfan los fuertes y los débiles permanecen en los márgenes de la sociedad. Se diría que lo débil no vale y, por eso, no cuenta. Pero lo débil podría tener un aspecto positivo, hoy más necesario que nunca. Según Vattimo, de la ontología de lo débil se deriva “una ética de la no violencia”, que conduce a “la preferencia por un mundo en el que prevalezcan la solidaridad y el respeto hacia los demás, en vez de la guerra de todos contra todos” (Vattimo, 1996: pp. 45-47). Más allá de esta lectura de la debilidad, lo cierto es que hoy hay un clamor a favor

2 No pretendo propalar ningún estereotipo. La ternura es propia del ser humano. No es menos cierto que algunas actitudes y valores se relacionan cultural o espontáneamente con lo masculino o lo femenino. A este respecto me parece que se ha escrito acertadamente: “il est vrai que l’organisation de la société véhicule un certain nombre de stéréotypes répartissant, sur la base de raisons plus ou moins valables, entre garçons et filles, puis entre hommes et femmes, ce qui est jugé appartenir à leur spécificité respective dans le domaine des jeux, des activités, des métiers et des responsabilités, alors que ceux-ci n’ont pas de rapport direct avec l’identité sexuelle. La société évolue et dévoile en particulier des possibilités tout à fait nouvelles pour les femmes” (Sesboüé, 2015: pp. 136-137). En la misma línea está este texto: “Existen hombres tiernos, amorosos, protectores de los demás, abnegados y capaces de autosacrificio en aras al bienestar ajeno y mujeres con grandes dotes de liderazgo, fuerza de carácter, alta motivación profesional y racionalidad; los roles sociales no pueden ser asignados según el género de la persona, sino según sus habilidades personales, vocación y educación” (De Castells, 2011: p. 348).

3 Esto es lo que decía el Obispo de Como, Sandro Magglioni en 1988. Para el Obispo la ternura femenina está representada en María. (De Fiore, 2011: p. 480)

del respeto y la tolerancia y en contra de la violencia. En este contexto el título de María “Madre de Misericordia” resulta muy significativo (De Fiore, 2011: pp. 626-630). Juan Pablo II, tras notar que en hebreo el término misericordia (*rahamim*) denota el amor de madre (DM, 4), afirma que “María es la que conoce más a fondo el misterio de la misericordia divina” y por eso puede “acercar a los hombres el amor que el Hijo ha venido a revelar”, un amor que encuentra su expresión más concreta en los que más sufren: pobres, oprimidos, prisioneros (DM, 9).

1.4. Tránsito de lo antropológico a lo cristológico

La paz, la ternura, la misericordia son valores “apropiados” a lo femenino, que encuentran en María su mejor concreción. Este sustrato antropológico, que la piedad del pueblo cristiano ha visto realizado en María, nos invita a preguntarnos por su base teológica y cristológica, en línea con el axioma de Tomás de Aquino que dice que la gracia presupone y perfecciona la naturaleza. Solo tendrá sentido relacionar a María con la paz si Cristo es “nuestra paz” (Ef 2, 14), que nos conduce al “Dios de la paz” (Rm 15, 33). Porque entonces, al partir de la llamada de todo cristiano a identificarse con Cristo y al ser María el tipo más acabado de unión perfecta con Cristo, podremos decir que, en ella y en nosotros, la tarea de construir la paz es el camino ineludible para encontrarnos con Dios.

Es importante que abramos ahora un capítulo cristológico para, más allá de los títulos (“Príncipe de la paz”) ver en las palabras, en las obras y, en definitiva, en la vida toda de Cristo, la encarnación y realización de la paz, como don de Dios y tarea humana, por medio de las cuales se alcanza la humanidad más lograda. A la luz de la vida del “Señor y Maestro” (Jn 13,13), sus alumnos y discípulos que, con la compañía de María, somos nosotros, aprenderemos la lección de la paz que permite construir una humanidad reconciliada, acorde con el proyecto de Dios.

2. Los que trabajan por la paz: hijos de Dios y de María

Antes del nacimiento de Jesús, el hijo de María, una profecía inspirada por el Espíritu Santo anuncia que el niño que va a nacer “guiará nuestros pasos por el camino de la paz” (Lc 1, 79). Cuando el niño nace, una multitud del ejército celestial alabó a Dios, y dijo: “gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres en quienes él se complace” (Lc 2, 14). Al final de su vida, consciente de que lo iban a matar, Jesús se despide de sus mejores amigos y les deja en herencia tres

grandes dones, íntimamente relacionados: el amor, la alegría y la paz: “os dejo la paz, mi paz os doy”; pero con una aclaración importante: “no os la doy como la da el mundo” (Jn 14, 17). La paz que ofrece el mundo es la de los vencedores que acallan a sus enemigos. La paz de Jesús es fruto del amor, que perdona las ofensas, respeta al diferente y le ama en su diferencia. Finalmente, Cristo resucitado se aparece a los suyos y les entrega la paz: “la paz con vosotros”. (Jn 20, 19. 21.26)

La paz es un don mesiánico entregado conjuntamente por Cristo y por el Espíritu (cf. Rom 14, 17-18). A lo largo de su vida, Cristo ha dejado la paz por allí donde pasaba, al curar a los enfermos, levantar a los caídos, devolver la esperanza a los desanimados, dar fuerzas a los débiles, recriminar a los poderosos sus actitudes opresivas. En el que podríamos considerar su sermón programático, al comienzo de su actividad apostólica, Jesús declaró bienaventurados a los que trabajan por la paz (Mt 5, 9). Esta bienaventuranza, esta declaración de felicidad, va unida a otras que la refuerzan y complementan: bienaventurados los mansos, o sea, los no violentos; bienaventurados los misericordiosos, bienaventurados los perseguidos a causa de su compromiso por la justicia.

¿Cuál es el contexto histórico en el que Jesús declara bienaventurados a los pacíficos y pacificadores? Un contexto de opresión y de injusticia. En este contexto muchos estaban tentados a usar la violencia para librarse de tal opresión. Jesús estaba rodeado de intransigentes, que cada día, le tentaban y le proponían la lucha violenta para conseguir el establecimiento del Reino de Dios en Jerusalén. Se trataba de aquellos que veían con buenos ojos emplear cualquier medio con tal de conseguir librarse de la opresión romana, incluida la violencia. Se trata de los zelotes: quieren conseguir la liberación de su pueblo con la fuerza de las armas, con el poder. En cierta manera, seguían la historia del Pueblo de Dios. Pero Dios proclamaba insistentemente que la salvación les vendría por la escucha atenta de su Palabra (Sánchez, 1981: p. 141; 2014: pp. 122-125).

Cierto, en el Pentateuco Yahvé es un Dios valiente en la guerra (Ex 15, 3). Pero luego los profetas comprenden que Dios no tiene necesidad de la violencia para imponer su propia soberanía en el mundo. Jeremías (29, 11) afirma que el Señor “fomenta planes de paz y no de desgracia”. Isaías (11, 6-10) anuncia que los tiempos mesiánicos serán tiempos de armonía, en los que será posible que conviva lo aparentemente más irreconciliable: el lobo se entenderá con el cordero, el niño jugará con la serpiente. Judit (16, 2) puede cantar: “el Señor es el Dios que acaba con las guerras”.

Jesús, al proclamar la bienaventuranza de la paz busca que el pueblo se ponga de nuevo en sintonía con el Dios de la paz. Esta paz se consigue por la

realización de los caminos abiertos por el Evangelio. Porque la paz no es una proclamación, sino una actividad, una tarea. El Papa Francisco, en Sarajevo (el 5 de junio de 2015) hizo notar que Jesús no dice: "bienaventurados los predicadores de paz", puesto que todos son o somos capaces de proclamarla, incluso de forma hipócrita o engañosa. Jesús dice: "bienaventurados los constructores de paz", es decir, los que la hacen. Hacer la paz es un trabajo artesanal: requiere pasión, paciencia, experiencia, tesón. La paz se siembra con actitudes y gestos de servicio, de fraternidad, de diálogo, de misericordia.

Promueve realmente la paz el que se compromete en el bien común a cualquier nivel siempre que sea guiado, de una forma o de otra, por el Evangelio. La paz, decía el Vaticano II, no se puede lograr si no se asegura el bien de las personas (GS, 78). En concreto, el bien de los más necesitados y desfavorecidos: "el principio del bien común se convierte inmediatamente, como lógica e ineludible consecuencia, en una llamada a la solidaridad y en una opción preferencial por los más pobres" (Fancisco, 2015: p. 158). En línea parecida, Tomás de Aquino insistía en que la paz solo puede tener por objeto el bien. El mal, añadía el santo, tiene muchos defectos, por eso es fuente de inquietud y de turbación. Y concluía: "la verdadera paz no puede darse sino en bienes y entre buenos." (De Aquino, 2011: II-II)

Sin duda, trabajar siempre por el bien común, iluminados por el Evangelio, no es nada fácil, porque, debido al cansancio, la tentación del abandono aparece inmediatamente. Pero el Reino de Dios no lo construyen los que abandonan, sino los tenaces que se mantienen en pie a pesar del cansancio. Estamos cansados, pero seguimos adelante y nada nos detiene porque la gracia del Espíritu que nos anima es más fuerte que todas nuestras debilidades.

Cuando nos movemos en el terreno de lo político, en la búsqueda del bien común pueden aparecer tensiones, debido a los distintos modos de enjuiciar la situación y a las distintas soluciones que se ofrecen. Pero el camino para resolver estas tensiones es el diálogo y la serena aceptación de las leyes y las reglas del juego de la política. La política puede desembocar en distintos grados de violencia cuando su único objetivo es el mantenimiento o la conquista del poder. La política es un noble y laudable servicio allí donde hay deseo de verdad, de justicia, de respeto a las minorías.

A la luz de esta bienaventuranza se comprende cuál debe ser la actitud de la Iglesia y de los cristianos. De ahí que cuando Lucas (10, 5-6) narra el envío de los discípulos, escribe: "en la casa en que entréis, decid primero: paz a esta casa.

Y si hubiere allí un hijo de paz, vuestra paz reposará sobre él; si no, se volverá a vosotros”.

En sintonía en su hijo, la madre de Jesús proclama que Dios no está de acuerdo con los poderosos y violentos. Porque Dios, dice María, ensalza a los humildes (Lc 1, 52). Hay otra relación de María con esta bienaventuranza. Pues Jesús dice que la felicidad de los constructores de la paz les viene porque Dios los tomará como hijos, cosa nada sorprendente, pues el hijo se parece al padre en que actúa en sintonía con el padre, con su mismo talante, sus mismos sentimientos: es misericordioso como el Padre es misericordioso (Lc 6, 36). Pues bien, María extiende su protección maternal sobre todos los hijos de Dios, de este Dios que tiene entrañas de misericordia (Lc 1, 78). De modo que podríamos concluir que los que trabajan por la paz son bienaventurados porque son hijos de Dios y de María.

3. La Cruz rompe toda espiral de violencia. Y allí estaba María

La bienaventuranza de los pacíficos se cumple en primer lugar en Jesús. Paradójicamente su testimonio de la verdad, su llamada a un amor sin límites ni discriminaciones, su pasar haciendo el bien, le condujo a ser un perseguido a causa de su vida justa. Pero precisamente en el momento en el que Jesús es víctima de la violencia y ve peligrar su vida, en vez de llamar “a su gente” para que le defienda combatiendo (cf. Jn 18, 36), se niega a responder con violencia y puede así presentarse como “manso y humilde de corazón” (Mt 11, 29) y como “el pacífico” por excelencia.

Los signos son importantes si hay una realidad significada que los avala. Por eso, resulta significativo que Jesús, al final de su vida, entre en Jerusalén, montado sobre un borrico y aclamado por la gente. Quizás sea interesante notar que esta gente que le aclama no es la que después pedirá su crucifixión, sino los peregrinos que le han acompañado en su viaje hacia la ciudad santa⁴ (Benedicto XVI, 2011: p. 19). Pero este y otros detalles de la escena ahora podemos dejarlos de lado. Lo que interesa, para nuestro propósito, se ilumina con la clave que da el narrador a partir de unas palabras del Antiguo Testamento: “tu rey viene a ti, manso y montado en un asno” (Mt 21, 5). Efectivamente, el que está entrando en

⁴ Así se comprende que los habitantes de Jerusalén se sorprendan del alboroto y se pregunten qué es lo que está pasando.

Jerusalén es, según la interpretación creyente del evangelista, un rey, el Mesías rey, heredero del trono de David, pero no un rey cualquiera, no un rey como los de este mundo, sino el rey de los pobres. Por eso viene montado en un asno. El caballo es expresión del poder de los poderosos; el burro es el animal de los pobres. El que viene es el rey de la paz, el rey de los pobres. Jesús no apoya su realeza en la violencia. Su poder es de un carácter diferente: reside en la pobreza de Dios, en la paz de Dios, que él considera el único poder salvador.

Tras la entrada de Jesús en Jerusalén se desencadenan una serie de acontecimientos que terminarán con su martirio. En estos acontecimientos se manifiesta con toda su fuerza la mansedumbre, la no violencia de Jesús. En la cruz se rompe toda espiral de violencia, al negarse Jesús a responder al mal con el mal. Cuando van a prenderle, Jesús prohíbe a sus discípulos una reacción violenta, para evitar que queden implicados en su condena (Comisión Teológica Internacional, 2014). Se entrega a sí mismo y no entrega a los discípulos: si me buscáis a mí, dejad marchar a estos. No solo ahorra la sangre de sus discípulos, sino también la de sus oponentes, haciendo resplandecer así el poder radical del amor de Dios. Según el cuarto evangelio, Jesús se encontraba con sus discípulos en un huerto cuando unos guardias armados fueron a prenderle. Los discípulos intentaron defenderle. Pedro llevaba una espada, la sacó e hirió a uno de los que iban a prenderle. Entonces Jesús reaccionó de forma tajante y dijo a Pedro: “vuelve la espada a la vaina” (Jn 18, 11). Por otra parte, Jesús se dirigió a los que iban a prenderle y les dijo: “Si me buscáis a mí, dejad marchar a estos” (Jn 18, 8).

Jesús evita radicalmente todo conflicto entre sus discípulos y los soldados que van a detenerle. Por una parte, no quiere ningún tipo de defensa violenta. Porque una defensa así, hubiera provocado una reacción si cabe más violenta, con esto se desencadena una espiral de violencia. La violencia solo se para cuando uno se niega a responder violentamente. Jesús no acepta represalias. Por otra parte, Jesús evita el conflicto entre sus discípulos y sus enemigos, se deja prender y se facilita, de esta forma, que sus discípulos puedan marcharse.

Jesús entrega su vida, precisamente para evitar todo conflicto entre unos y otros. De este modo, Jesús entrega la vida “por todos los hombres, para el perdón de los pecados” (Col 1,14). Por todos: muere por sus enemigos, evitando que sus discípulos puedan matarles en legítima defensa; y muere por sus amigos, y evita también que ellos puedan morir al defenderle. Es el colmo del amor. Es el amor sin medida. Es el amor hasta el extremo. Solo un amor así puede salvar a los unos y a los otros, a los amigos y a los enemigos.

Y allí, al pie de la cruz, estaba María aprendiendo. Ella no clama venganza, contempla el misterio de Jesús que muere por todos, y aprende así a acoger con amor a los amigos y a no odiar a los enemigos. Junto a Jesús crucificado, Juan y María, el discípulo y la madre se acogen mutuamente, y anticipa esta humanidad reconciliada, que nace de la cruz, y que se realiza en la Iglesia como sacramento de la unión de los seres humanos con Dios y de los hombres entre sí. María y Juan son el modelo de una Iglesia fraterna y de una humanidad reconciliada, en la que los judíos y gentiles de entonces y hoy todos los pueblos de la tierra, están llamados a superar las diferencias. Pues “somos miembros los unos de los otros” (Ef 4, 25), “unos en Cristo Jesús” (Gal 3, 28).

Unidos a Jesús se rompen todas las barreras, se derriban los muros que se separan (Ef 2, 14). “En Cristo” ya no hay judío ni gentil, ni bárbaro ni escita, ni esclavo ni libre, ni varón ni mujer (Gal 3, 28; Col 3, 11). “Para que esta invitación de Dios a la reconciliación entre los hombres resulte persuasiva, es indispensable dar una nueva transparencia a la communio eclesial en la escena de la historia” (Comisión Teológica Internacional, 2014). Como bien dijo Juan Pablo II: hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión, ese es el gran desafío para ser fieles al designio de Dios y responder a las profundas esperanzas del mundo (NMI, 43).

4. Quién acoge a Cristo no puede derramar sangre

Me gustaría recordar a Tomás de Aquino y a su teoría de la “guerra justa” porque, en ocasiones, ha sido invocada para justificar la violencia, al menos una violencia defensiva y bajo ciertas condiciones.

Para Santo Tomás la paz es un efecto del amor (De Aquino, 2011: II-II; GS, 78). Por el contrario, la guerra es un pecado contra la caridad (el primero y principal mandamiento). O sea, la guerra es anti-evangélica. Si se justifica, en caso de injusta agresión, debe tener como finalidad la creación de la paz y de un nuevo clima de amor. Lo que quiero resaltar, porque normalmente pasa desapercibido y porque resulta de sumo interés para la postura de los cristianos, es que en la teología de santo Tomás sobre la así llamada “guerra justa” hay una tensión. Tomás se pregunta si es lícito combatir a los obispos y a los clérigos. Y responde que no, por dos motivos: 1) porque parece incompatible con la contemplación de las cosas divinas, la alabanza de Dios y la oración; y 2) porque quién recibe la eucaristía no puede matar o derramar sangre; “más bien debe estar dispuesto para la efusión de su propia sangre por Cristo.” (De Aquino, 2011: II-II)

Lo interesante de esta respuesta es que es perfectamente aplicable a todo cristiano, pues la plenitud de la vida cristiana está en la recepción de la Eucaristía y la reciben, con la misma verdad y fuerza, obispos, sacerdotes y fieles laicos. Si Cristo, cuando van a martirizarle, se niega a entrar en una espiral de violencia, porque lleva ceñida la coraza del amor, el que ha recibido a Cristo no puede utilizar la violencia ni derramar sangre. María es el primer ser humano que acoge a Cristo en su seno. Después de ella, todo cristiano, por la fe y por los sacramentos, acoge a Cristo en su corazón. La consecuencia es evidente. La acogida de Cristo impide el conflicto. Más bien impulsa al encuentro, como María, que una vez acogido a Cristo sale presurosa, subiendo la montaña (Lc 1, 39) en busca de Zacarías e Isabel. También nosotros debemos subir a la montaña, vencer muchos obstáculos, para encontrarnos los unos con los otros. Pero este acercamiento al otro es, como canta Zacarías tras encontrarse con María, el “camino de la paz” (Lc 1, 79).

5. La justicia de Dios es un perdón

¿Qué podemos hacer entonces ante situaciones que parecen irresolubles y en las que el diálogo parece imposible? En primer lugar, trabajar para reformar la mentalidad y educar las conciencias. Esta educación es la mejor inversión a favor de la paz y, por añadidura, ayuda a crear lo que hoy se conoce como opinión pública. Y es bien sabido que los que gobiernan los pueblos dependen enormemente de la opinión pública (GS, 82). Y buscar sin descanso soluciones imaginativas inspiradas en el Evangelio, que pasen por la no violencia. Gandhi en la India, Martin Luther King en Norteamérica o los grupos de Solidarnosc en Polonia encontraron soluciones no violentas.

En ocasiones será necesario denunciar. El Papa Francisco (MV, 18-19), en su carta convocando el año de la misericordia, ha hecho una seria llamada a dos grupos que trabajan contra la paz: los hombres y mujeres que pertenecen a algún grupo criminal; y las personas promotoras o cómplices de corrupción. El Papa les ha pedido, por su propio bien, que cambien su conducta, al recordarles que la vida no depende del dinero. Frente a estos grupos hay que ser prudentes y vigilantes, pero también tener el coraje de la denuncia.

Una de las denuncias más serias y urgentes que, a favor de la paz, podemos hacer, es la carrera de armamentos, unida a la fabricación y comercio de armas. Se fabrican armas con el falso propósito de defender la paz y con el verdadero propósito de conseguir dinero fácil y rápido. Siguen siendo más actuales que nunca estas palabras del Vaticano II: “La carrera de armamentos es la plaga más grave

de la humanidad y perjudica a los pobres de manera intolerable. Hay que temer seriamente que, si perdura, engendre todos los estragos funestos cuyos medios ya prepara". (GS, 81)

La paz se sustenta en la justicia. Ya decía San Agustín que la paz es efecto de la justicia (*opus iustitiae pax*). Y en el salmo 84 se afirma que la justicia y la paz se besan. Sin unos mínimos de justicia lo que aparece es el resentimiento y el odio (Francisco, 2015: p. 157). Por eso, los caminos de la paz pasan por un trabajo serio a favor de la justicia y de la dignidad de todos los ciudadanos. Ahora bien, no hay nada más alejado de la justicia que la venganza. Por eso la justicia debe traducirse en misericordia y perdón. Una justicia que no tiende hacia el amor resulta inhumana. La justicia sola no es suficiente para el logro de una auténtica humanidad "si no se le permite a esa forma más profunda que es el amor plasmar la vida humana en sus diversas dimensiones" (DM, 12).

Así se comprende que el perdón es uno de los mejores caminos hacia la paz. El Papa Francisco ha recordado que la justicia de Dios es su perdón⁵ (MV, 20; De Unamuno, 1968: p. 114). Ya antes, Juan Pablo II, tras reconocer que "no hay paz sin justicia", añadió: "no hay justicia sin perdón". El perdón es propio de los magnánimos y de los fuertes. Si a corto plazo puede parecer una pérdida, a la larga, asegura un provecho real. El perdón puede parecer una debilidad; en realidad tanto para concederlo como para aceptarlo, hace falta una gran fuerza espiritual y una valentía moral a toda prueba. Lejos de ser un menoscabo para la persona, el perdón lleva hacia una humanidad más plena y más rica, capaz de reflejar en sí misma un rayo del esplendor del Creador (Gerlabert, 2002: pp. 91-92). Así se comprende que el primer beneficiario del perdón es el que perdona: "el perdón no es un favor al malvado, sino una necesidad de la víctima para superar el dolor". (Roncagliolo, 2015: p. 2)

Sin perdón, la venganza engendra más violencia y encadena un círculo vicioso sin fin. Por el contrario, perdonar es empezar de nuevo, rehacer la historia, escribir de nuevo la trayectoria de las cosas y de las personas. Perdonar es intentar lo imposible, deshacer lo que ha sido, abrir nuevas metas allí donde parece que todo está terminado. En este sentido el poder de perdonar es el potencial más eficaz.

Una cosa más a propósito del perdón, inspirada por una distinción interesante que hace Tomás de Aquino. El santo doctor dice que la paz implica concordia,

5 Idea que se encuentra en De Unamuno (1968: p. 114) casi con las mismas palabras: "la última y definitiva justicia es el perdón".

pero que la concordia no es suficiente para que haya una paz duradera y auténtica. La concordia consiste en la unión de distintos intereses o deseos de diferentes personas. Pero para que haya paz se requiere también y previamente la armonía interior, la paz del corazón (De Aquino, 2011: II-II). Eso me lleva a afirmar que el perdón solo pueden otorgarlo los pacíficos o los pacificados.

6. El diálogo, camino para la paz.

Uno de los mejores caminos para lograr la paz entre personas y pueblos separados y enemistados es el diálogo, el ser capaz de escuchar al otro y el ser capaz de hablar de modo que el otro escuche.

Precisamente en la figura de María encontramos un excelente ícono del diálogo. Allí donde aparece María, aparece el diálogo. Con el ángel en la Anunciación, María entabla un diálogo y expone las dificultades que ella encuentra. Es necesario escuchar las dificultades que tiene el otro para que pueda aceptar mis propuestas. En su visita a Isabel, también aparece el diálogo. Esta vez es Isabel la que pregunta a María: ¿cómo es posible que la madre de mi Señor venga a mí?. En el viaje a Jerusalén, con el niño adolescente, perdido y luego encontrado en el templo, de nuevo es María la que pregunta, porque no entiende, y quiereclarificarse: ¿cómo nos has tratado así a tu padre y a mí?

En Cana de Galilea, en una boda en la que falta vino, se entabla un diálogo, por momentos muy tenso, entre María y Jesús. Pero no es la tensión que lleva a la ruptura, sino la tensión resultado de la dificultad del diálogo, que se mantiene como tal tensión sin llegar nunca a la ruptura, precisamente porque se trata de encontrar una salida que sea satisfactoria para madre e hijo, una salida buena para las dos partes, en la que cada parte se diría que cede, precisamente para poder encontrar la salida común, que interesa a los dos. Las preguntas de María y las respuestas de Jesús, en la escena de Cana, no conducen a la ruptura, sino a superar las dificultades serias con las que se encuentran las partes para comprender y aceptar al otro. Hay preguntas rompedoras, a partir de las cuales ya no hay diálogo, ya no se sigue hablando, se cierran las puertas. Y hay preguntas que buscan precisamente ampliar espacios, dejar espacio al otro, al manifestarle que yo también necesito mi propio espacio.

Al pie de la cruz, cuando Jesús está ya exhausto, abandonado de Dios y de los hombres, María sigue allí y porque sigue allí hay diálogo. Aunque en este caso es Jesús solo el que habla. María escucha: ahí tienes a tu hijo, ahí tienes a tu

madre. Hay situaciones en las que el mejor diálogo es escuchar con respeto, sobre todo cuando el que habla es un vencido, un derrotado, quizás injustamente. Ante el vencido, y no digamos ante el injustamente derrotado, lo que conviene hacer es escuchar. Este es el primer paso para remediar las injusticias.

El diálogo no es solo un instrumento práctico o pedagógico. Para los creyentes es una manera de creer que el espíritu no está solo en mí, sino en otros. Compartimos el mismo espíritu, por eso podemos entendernos. Y para los no creyentes es una manera de reconocer que la razón, lo más propio y característico de los humanos, no está solo en mí, sino en los otros; en este sentido el diálogo es una manera de reconocer la humanidad del otro, nuestra común humanidad. Compartimos la misma humanidad, por eso podemos dialogar y entendernos.

7. La paz, más allá de la tolerancia para entrar en la libertad

La paz es fruto del amor. No es el resultado de un equilibrio de fuerzas ni puede quedarse en una simple tolerancia. La tolerancia busca evitar el conflicto con el diferente y aún con el opuesto. Pero si quiere mantener su dimensión positiva y evitar regresos hacia el conflicto, debe ser consciente de sus límites. De ahí la pertinencia de la pregunta: tolerancia ¿para qué? Permitir, en nombre de la tolerancia, el fomento del racismo o del nacionismo es traspasar los límites de la tolerancia para regresar abiertamente al conflicto. Pero, aún entendida en su dimensión más positiva, la tolerancia no basta.

La tolerancia es el paso mínimo que hace posible la convivencia y que debería unirnos a todos. Pero no podemos quedarnos ahí. Debemos dar un paso más hacia el mutuo reconocimiento de la libertad de cada uno, así como de nuestros derechos y deberes. La tolerancia parte del supuesto de que las ideas, acciones o personas que son objeto de la misma, son cargadas, a partir de nuestras convicciones de un cierto grado de disvalor, ya que se supone que tales ideas, actos o personas lesionan, en mayor o menor medida, nuestras posiciones y creencias. La tolerancia nos lleva a soportar y aceptar al otro como un mal menor. La libertad nos invita a convivir con el otro, que tiene buenas razones para pensar como piensa, como yo tengo las mías. Nos reconocemos mutuamente nuestras razones

y nuestros derechos⁶. Para el cristiano, además, la libertad es un don de Dios. Un don que Dios me ha hecho, ser creyente y un don que Dios ha hecho también al no creyente y, por tanto, un don divino que yo debo respetar.

La violencia, del tipo que sea, no soluciona nada. Destruye todas las soluciones posibles. En este mundo nuestro hay personas que tienen muchos “ayeres” cargados de malos recuerdos. Necesitamos un mañana. Pero para tener este mañana necesitamos vivir un presente hecho de encuentro, concordia, entendimiento, consenso. Preguntémonos qué podemos hacer juntos. ¿Qué pueden crear juntos nuestros dos grupos, sean religiosos, económicos, políticos o artísticos? Esa es la pregunta que el Creador nos plantea a todos. Esa es la cuestión esencial para compartir la vida con aquellos que nos resultan diferentes: interactuar y preguntarnos qué podemos crear juntos. La ley del universo, la ley del Creador, no es la de los dualismos tolerantes, sino la de las mutuas interpenetraciones.

Hagamos de este mundo no un mundo de barreras, sino de puentes. María es la mujer del puente. La Virgen del camino. María, puente y camino, como dice una canción de Cesáreo Gabaráin. Camino porque conduce a Dios. Puente porque une en su diversidad de denominaciones y lugares, a personas distintas, pero tan necesitadas unas de otras. María así es puerta del cielo. La intolerancia, que lleva a repudiar al otro, solo es camino del infierno. Porque el infierno es ausencia de comunión. Viendo a algunas personas, uno está tentado de pensar que prefieren ir al infierno solas a estar en el cielo acompañadas.

Los cristianos, en la revelación de Jesucristo, hemos conocido el gran amor que Dios nos tiene y estamos llamados a responder a ese amor. Pero también sabemos que quién no ama a su hermano a quién ve, no puede amar a Dios a quién no ve. Por eso, en cada eucaristía, antes de recibir al Señor, los cristianos nos damos la paz. Esto que vivimos en la reunión eucarística, estamos convocados a extenderlo por el mundo, y ser así un signo del amor de Dios a todos los seres humanos.

⁶ Dicho en un lenguaje político: la cuestión es si somos capaces de vivir en democracia, de mantener un verdadero régimen de derecho, en donde cada cuál tenga el derecho de expresar su opinión, de votar como quiera y de practicar la religión que quiera.

Referencias

- Benedicto XVI (2011). *Jesús de Nazaret. Desde la entrada en Jerusalén hasta la resurrección.* Madrid: Encuentro.
- Comisión Teológica internacional (2014). *Dios Trinidad, unidad de los hombres. El monoteísmo cristiano contra la violencia.* [Números 48-50]. Madrid: BAC.
- Christri Matri [ChM] (15 de septiembre de 1966) Pablo VI. En: http://www.vatican.va/holy_father/index_sp.htm. Recuperado: 10 de septiembre de 2015.
- De Aquino, T. (2001). *Suma de Teología*, II-II. Madrid: BAC.
- De Castells, J. M. (2011). *Los siete rostros de María*. Bogotá: Intermedio editores.
- De Fiore, S. (2011). *María, síntesis de valores*. Madrid: San Pablo.
- De Unamuno, M. (1968). *Obras Completas*. Madrid: Escélicer.
- Dives in Misericordia [DM] (30 de noviembre de 1980) Juan Pablo II. En: http://www.vatican.va/holy_father/index_sp.htm. Recuperado: 10 de septiembre de 2015.
- Gaudium et Spes [GS] (1965). Concilio Vaticano II. En: http://www.vatican.va/holy_father/index_sp.htm. Recuperado: 12 de septiembre de 2015.
- Gelabert, M. (2002). *La gracia. Gratis et amore*. Salamanca: San Esteban.
- Laudato Si (2015) Carta encíclica, S. S. Francisco. Vaticano: Vaticano.
- Marialis Cultus [MC] (2 de febrero de 1974). Pablo VI. En: http://www.vatican.va/holy_father/index_sp.htm. Recuperado: 12 de septiembre de 2015.
- Misericordiae Vvultus [MV] (2015). Bula de convocatoria del jubileo extraordinario de la misericordia. Vaticano: Vaticano.
- Novo Mmillennio Ilineunte [NMI] (6 de enero de 2001). Juan Pablo II. En: http://www.vatican.va/holy_father/index_sp.htm. Recuperado: 12 de septiembre de 2015.
- Redemptoris Mater [RM] (25 de marzo de 1987). Juan Pablo II. En: http://www.vatican.va/holy_father/index_sp.htm. Recuperado: 12 de septiembre de 2015.
- Roncagliolo, S. (2015). “*El Perdón*”. En: El País [17 De Agosto].
- Sánchez, G. (1981). *Biblia y Vida Religiosa*. Valencia: Facultad de Teología San Vicente Ferrer.
- _____. (2014). *La vida consagrada a la luz del kerigma*. Madrid: Edibesa.
- Sesboüé, B. (2015). *L'homme, merveille de Dieu*. París: Salvator.
- Vattimo, G. (1996). *Creer que se cree*. Buenos Aires-Barcelona: Paidos..